

El síndrome del Norte

MARKOS GOIKOLEA

El síndrome del Norte

Dramatis personae

AMA: Madre de familia

AITA: Padre de familia

AITOR: Hermano mayor

MIKEL: Hermano menor

Ama, con un premio en la mano.

AMA.— Las amenazas son incontables, y yo sé comunicarlas. Advierto del peligro y ofrezco una solución. Parece sencillo, pero no lo es. Seguros a todo riesgo, seguros con franquicia, seguros de salud, seguros de vida, seguros de hogar, seguros de viaje, seguros dentales, seguros de decesos, seguros de responsabilidad civil, seguros agrícolas, seguros para mascotas, seguros de incapacidad, seguros de inversión...

Muchas gracias por este premio, de corazón. Mejor Comercial de Seguros de la Zona Norte, madre mía, quién me lo iba a decir. No os imagináis lo que significan los seguros para mí. Una nunca sabe cuándo va a tener una fuga y se le va a inundar la cocina. Ni cuándo el coche va a dejarla tirada en pleno puerto de montaña. ¿Y si tu marido se queda discapacitado de por vida o no cotizas lo suficiente para tener una jubilación digna? ¿Y si tu ganadería se contagia de un virus o una plaga arrasa tu cosecha? Una no puede vivir con esa incertidumbre. Bueno, poder sí que puede, pero eso no es vida..., eso es una angustia.

Todo se puede asegurar en esta vida. Bueno, todo no. Casi todo. Lo de seguros a “todo riesgo” no es del todo verdad. Hay riesgos que una ni se imagina, y si no te los puedes imaginar, ¿cómo los vas cubrir en una póliza?

AITOR.— Se ordeñan las ovejas, se calienta la leche y se le añade el cuajo. Después se corta la cuajada y se separa el suero. Se coloca la masa cuajada en moldes y se prensa para que quede más compacta. Se sala en la salmuera y finalmente se deja madurar durante meses. Me lo enseñó mi padre.

La luz ilumina a Aita, que está presente, pero en silencio.

Estos quesos antes los hacía él, y antes de él su padre y antes su abuelo. Realmente no tenemos ni idea de quién empezó... Por eso mi padre dice que el primero fue Basajaun.

Basajaun significa “Señor del bosque” en euskara. Es un gigante enorme y peludo que guía a las personas que se pierden en el bosque. Su silbido avisa a los pastores si un peligro acecha a nuestros rebaños. Además, fue el responsable de transmitir todos los saberes de la agricultura y la ganadería a los humanos... Me hace gracia pensar que un día remoto Basajaun transmitió el secreto para hacer quesos a mi primer ancestro.

MIKEL.— Julio de 2025. Barcelona. El teléfono suena insistente. ¿Qué hora es? Es Leyre, de la Fundación SGAE. Me anuncia que me han seleccionado para el Laboratorio de Escritura Teatral de este año. ¡Tengo trabajo! ¡Por fin! Lo necesito. Llevo varios años pidiendo esta beca para escribir una adaptación de la tragedia de Áyax y nunca me seleccionaron. Cambio de tema y me escogen a la primera. Tras este primer impulso de alegría me quedo petrificado mirando la pared. Tendré que escribir sobre la idea que presenté. Mierda. Me meto en la ducha.

¿Por qué presenté esta idea? No hay nada como decir “ETA” para que te miren. Dices “ETA” y todo el mundo te presta atención. Mirad: “ETA. ETA. ETA”. ¿Veis? Todo el mundo quiere oír hablar sobre ETA, pero nadie quiere decir nada al respecto. Es como un accidente de tráfico: nadie quiere estar ahí, pero todo el mundo mira.

El conflicto vasco es más binario que *La isla de las tentaciones*. O eres una cosa o eres la otra. Es imposible hablar sobre él sin que te sitúen en uno de los dos bandos. ... ¿Para qué me habré metido en este berenjenal? Bueno, en realidad, esto no va del conflicto vasco, esto va de algo mucho peor: mi familia.

Mikel mira al resto de los personajes en escena.

Salgo de la ducha y ya he decidido que no puedo hacerlo sin ellos. Necesito su permiso. ¿Y cómo se lo explico? ¿Un mail? No. Esto no lo puedo explicar en un mail. ¿Y una llamada de teléfono?

AMA.— Bienvenido. ¿Qué tal el viaje?

MIKEL.— Bien.

AMA.— ¿Cómo has venido?

MIKEL.— En tren y luego en taxi.

AMA.— ¿Sigues sin coche?

MIKEL.— No tengo coche, no.

AMA.— Podíamos haber ido a buscarte.

MIKEL.— ¿Vosotros qué tal?

AITOR.— Bien.

AMA.— No sé para qué has cogido un taxi.

MIKEL.— Me alegro.

AMA.— ¿Has venido solo?

MIKEL.— Había muchísimo tráfico en el puerto.

Ama da un golpe con el matamoscas.

AMA.— Se está llenando todo de moscas, se debe de avecinar una tormenta.

MIKEL.— (A Aitor) ¿Tú qué tal estás?

AITOR.— Bien, ya te lo he dicho.

MIKEL.— ¿Las ovejas?

AITOR.— Como siempre.

MIKEL.— ¿Y los médicos?

Golpe de matamoscas.

AITOR.— Bien.

MIKEL.— Mejor.

AITOR.— Sí.

Se escuchan balidos de ovejas en la cuadra.

MIKEL.— Ya casi es temporada de esquila. Puedo ayudarte.

AITOR.— Las ovejas ya están esquiladas. Ahora lo hago en abril.

MIKEL.— Ah, qué pronto. Antes se hubiesen muerto de frío.

AITOR.— Se aprietan y se abrigan entre ellas. Como en las tormentas, ¿no te acuerdas?

MIKEL.— No.

AITOR.— En lugar de escapar por su cuenta, como los cerdos o los caballos, cuando llega una tormenta las ovejas se aprietan y forman un grupo compacto para conservar el calor. Es imposible separarlas mientras la tormenta no haya pasado.

MIKEL.— Y se mojan todas.

AITOR.— Pero, al estar tan apretadas, se secan mucho antes.

Aitor empieza a jugar a pelota.

MIKEL.— Tengo diez años. Estoy en el frontón de la ikastola. *Aita* está obsesionado con que sea pelotari, por eso cada tarde me quedo en el frontón. Así, *aita* puede ordeñar tranquilamente, *ama* puede seguir vendiendo seguros por la tarde y yo hago que me esfuerzo por cumplir con sus expectativas.

Pero yo no sé jugar, ni tengo intención de aprender. Las pelotas siempre me han dado miedo. Espero en las gradas a que tú vengas a buscarme. A veces llegas y te pones a jugar con los mayores y entonces tengo que esperar el doble.

A mi lado, un grupo de niñas juegan con la colección de fotos de las Spice Girls. Se reparten los papeles: la rubia, la negra, la deportista, la pija... Nadie quiere ser la pelirroja porque “es la guarra” del grupo. ¿Qué Spice Girl sería yo? La deportista no, desde luego. Una pelota rebota con fuerza en mi cara, como un puño de cuero atravesando mi piel. Lloro de dolor e impotencia mientras los pelotaris se ríen de mí. Parece que se han olvidado de que tú eres mi hermano. Apareces. Les pegas una hostia a cada uno. Ellos huyen y yo sonrío. Sonrío porque mi hermano mayor me defiende. Estoy protegido.

AITOR.— Tienes que estar más atento a las amenazas que te rodean, es la única forma de estar preparado cuando esas amenazas se transformen en golpes.

MIKEL.— Seguramente no me lo dices así, con estas palabras, porque tú solo tienes doce años.

AITOR.— Si lloras como un pringado te seguirán dando de hostias.

MIKEL.— Pero yo no escucho eso, lo que yo percibo es el discurso de un auténtico líder político.

AITOR.— Quien se muestra débil será sometido con mayor facilidad. Solo quien se plante con firmeza podrá aspirar al respeto.